

Narrativa Una de las obras más íntimas del mexicano Jorge F. Hernández, donde reconstruye su infancia y primera juventud en el bosque de Mantua, Washington

La memoria del bosque

J.A. MASOLIVER RÓDENAS

Jorge F. Hernández nació en Ciudad de México en 1962, pasó su infancia en Alemania, se trasladó más tarde a Washington y en la actualidad vive en Madrid, donde se doctoró en Historia por la Universidad Complutense. Fue ministro de Asuntos Culturales de la Embajada de México, director del Instituto Cultural de México y director de la Biblioteca Octavio Paz. Autor de novelas como *La emperatriz de Lavapiés* (1997) o *Réquiem por un ángel* (2009), se considera sobre todo escritor de cuentos. *El bosque flotante* es una reconstrucción de su infancia y primera juventud en el Bosque de Mantua, en Washington, de la amnesia y de la lenta recuperación de la memoria y de su amistad con Bill Connors, decisiva para su vocación de novelista. Hay mucho de su propia biografía. El padre con sus explosiones de ira convertidas en emotiva expresión de afecto; su carrera como imitador de voces en la radio mexicana y como diplomático. En una novela de recuerdos, el narrador recuerda muy especialmente el regreso a Washington, “el milagroso instante en que mi padre enfilaba ya el coche para entrar en la casa... la sensación de calor feliz

de Bill, asistimos al proceso de creación de lo que para nosotros será *Un bosque flotante*. Llevaba quince años intentando escribir la novela, hasta que empieza a hilar los recuerdos de Bill y él jugando en el bosque. Abunda la referencia a autores que le marcaron, especialmente lecturas de la infancia: Mark Twain, Charles Dickens, Agatha Christie, *Rebelión en la granja*, de George Orwell, y un verdadero repertorio de canciones de los Beatles, pues su aspiración era que “cada párrafo llevara la canción de esa época”. “Lo que intento con la novela –nos dice– es entender yo mismo la diferencia de los mundos, las variantes todas de la cultura norteamericana con las vidas diferentes que se me fueron abriendo con la cultura mexicana, la cultura en español y más ahora en un Madrid tan ajeno al idioma”. Finalmente Connors le ayuda a limpiar la versión en inglés, que ahora vuelve a

Asistimos a la lenta recuperación de May, la madre del narrador, a quien una trombosis cerebral le borró el pasado



que significaba volver a casa en medio del bosque de Mantua y sabernos habitantes de un hogar español en medio de un mundo inglés”, los dos mundos en los que se mueve o vive la novela. “Como sueño, me sé de memoria el bosque de mi infancia” en el condado de Fairfax, en el norte del Estado de Virginia. *A floating forest*, un bosque flotante que oscilaba siempre por encima del tiempo. Allí está el Good Humour Man, el hombre del buen humor, un viejo regordete de cabello rojo. Allí se hizo amigo de Bill Connors, otra presencia definitiva en su vida, pues él es quien le estimula a escribir la novela, esta novela, y le corrige el inglés en el que está escrita. En el bosque tuvieron una traumática experiencia: su amigo Steve Hampsted, muchos años mayor que ellos, habría violado a Bill, aunque finalmente descubren que no ha habido tal violación.

Con la intervención y los comentarios

escribir en español, “inevitablemente dejando palabras o frases en inglés”, plenamente integradas. Para su amigo del bosque, “los mundos que vivimos de niños ahora de adultos son la otra gran historia de nuestra novela”.

A su estrecha relación con Bill y con el padre, hay que añadir la de la madre, May, que nos sitúa de nuevo en pleno centro del mundo de la memoria. “May creció para hablar cuatro idiomas, cantar boleros de Agustín Lara y tocar Chopin”; “cultivó una belleza intacta para toda la vida”, “pero una trombosis cerebral le borró su pasado”. Su lenta recuperación es la recuperación a la que asistimos gracias a esta atractiva escritura, en la que vivimos el pasado como un presente. |

Jorge F. Hernández
Un bosque flotante

ALFAGUARA. 199 PÁGINAS. 18 EUROS

Imagen nevada de una de las calles de Mantua, cerca de Washington, donde el escritor vivió de joven, después de residir unos años en Alemania y México, donde nació

ARCHIVO



La escritora Linn Ullmann fotografiada durante una charla en la Litteraturhuset de Fredrikstad, Noruega, en el 2016

GETTY

Narrativa Linn Ullmann construye un libro luminoso con las cintas y recuerdos de su infancia y sus progenitores

Secretos de una paternidad

ISABEL GÓMEZ MELENCHÓN

Este es un libro nacido de “la ruina de otro libro”. Pero este es el libro que tenía que ser. Linn Ullmann (Oslo, 1966) tenía prevista otra cosa, una *memoir*, una relación de los hechos, una novela conjunta con su padre, un relato autobiográfico, un... otra cosa. Pero esperó demasiado, como solemos hacer con aquello que nos da pereza o nos asusta. Linn Ullmann, la hija del director de cine Ingmar Bergman y de la actriz Liv Ullmann, esperó y cuando se acercó con su marido y la grabadora a la casa de Hammars, todo parecía lo mismo y todo era diferente. El padre perdía las palabras. Era tarde para hacer inventario de vida, pero a pesar de ello Linn Ullmann grabó seis cintas de monólogos y conversaciones. Luego las guardó, amordazada por el dolor tras la muerte del padre, o por la mala conciencia.

Siete años más tarde aquellas cintas se recuperaron, y ahora han desembocado en este *Los inquietos*, crecido sobre “las ruinas del libro que no escribí”, confesó la autora. Una narración difícil de encajar en un género concreto, porque Ullmann habla efectivamente de su familia, pero en ningún momento los llama por su nombre. Son el padre, la madre, la niña. Son la constelación familiar que nunca se produjo, no hay ninguna fotografía en la que aparezcan los tres juntos, ese momento sencillamente no existió. Pero la niña Linn sí, y todos los años acudía a pasar el verano a la casa de Hammars, con su piscina de seis metros de largo y tres de hondo, donde se bañaba durante horas hasta que el padre la hacía salir, preocupado por que se resfriara, y porque le contagiara ese resfriado a él. Al padre había que conocerlo, la madre decía que tenía mucho temperamento, y la niña lo experimentaba si lo molestaba durante las horas en que este se encerraba a escribir. El padre la había descubierto a ella encuadrándola con las manos, formando un rectángulo, una cámara. La niña volvía luego con la madre, se desplazaba con ella, a veces, otras la esperaba, siempre la amaba.

El amor mueve estas páginas y nos divierten de ello desde las primeras líneas. Esto no es una novela, pero puede pare-

cerlo. No tiene la menor importancia. Es un ejercicio de amor, al padre, a la madre, a la escritura, que se lee de la misma manera. Pero la niña no se había amado a sí misma, al principio, o no se había amado a sí misma como una niña, quería ser adulta, ya, inmediatamente, convertirse en sus padres, o en fragmentos de esto. La niña era consciente de que el padre moriría antes que la madre, era mayor, era previsible, cada verano la despedida era emotiva.

En el verano del 2006 la niña que ya era esposa y madre acudió a la casa del padre, habían planeado un libro conjunto, tal vez preguntas y respuestas, luego se irían de gira, a presentarlo. O tal vez era un libro sobre hacerse mayor. El padre tenía 87 años, se permitía un achaque por década, si eran más de ocho no se levantaba de la cama. Las grabaciones datan de la primavera del 2007, el padre murió en julio. Seis grabaciones de un poco más de dos horas

La autora grabó las cintas con su padre, Ingmar Bergman, poco antes de que muriera, y durante siete años las guardó

cada una, el sonido es pésimo. Leemos parte de ellas, intercaladas, con retazos de la hija, de su madre, de su familia, de sus niñeras, de sus mudanzas. Él contesta sus preguntas, ¿hablabas con tu padre de Dios? ¿te has preocupado mucho por la muerte? Una de las cuidadoras le pide a la hija que devuelva la llave de la casa, quiere que el padre esté tranquilo. “¡ Pero él me ha pedido que venga! -El ha pedido a alguien que venga, no creo que se refiriese a tí”. Sobre la mujer planea el padre, aquel con quien siempre se le dio mejor despedirse que encontrarse. Un libro luminoso, novela, memorias, biografía, de una belleza y una profundidad que estremecen. |

Linn Ullmann
Los inquietos / Inquiets

GATOPARDO EDICIONES / EDITORIAL LES HORES. TRADUCCIÓN AL CASTELLANO, ANA FLECHA MARCO/AL CATALÁN, MERITXELL SALVANY. 386/448 PÁGINAS. 20,80 EUROS